

Oco

El recorrido de ellos inició en la mañana, antes de las dos, cuando ni siquiera los gallos se habían preparado para cantar. Oco estaba al tanto de los nuevos acontecimientos, o por lo menos sabía de los últimos rumores que alcanzaban a llegar hasta las afueras de Cachivera. También tenía la certeza de que vendrían por ella; cruzarían esquivando zancudos y refrescando sus caras sofocadas con el viento de sus gorras; la empujarían con sus armas para apurar el paso y luego llegarían a cualquier lugar resguardado donde poder robar los poderes curativos de aquella.

Y así fue cómo pasó. No se tomaron el tiempo de presentarse, entraron con afán, llevándose en su carrera la hamaca donde Oco intentaba descansar. Ella ya los estaba esperando con los ojos abiertos desde que los animales anunciaron su visita; se habían ido huyendo del estrépito de las pisadas. Las pisadas de las botas guerreras comenzaron una marcha perdida, hasta que llegaron a la casa ancestral de los cubeos. Allí improvisaron una sala hospitalaria y dejaron todo en manos de la curandera.

Las gotas de sangre le salpicaban en la cara mientras sudaba de terror. El corazón se le había vuelto un revoltijo caliente de angustia. La pregunta era la misma. ¿lo puede curar? Ella examinaba cada parte con sus manos temblorosas, ignorando el líquido rojizo que inundaba las pocas sábanas limpias que quedaba en la maloca profanada. Con los brazos hechos pedazos, los hombres sin piernas suplicaban piedad a sus pares. Gritaban con lo que quedaba de sus almas --No me maten, todavía no. No me maten-- Pero la negativa de Oco abría la puerta a un atroz tiro de gracia que teñía de rojo el rostro de la mujer.

Muchos años después, las voces de los muertos la continuaban siguiendo a todas partes, se hicieron dueñas de los temores de sus noches largas y acompañaron todos sus días de río tostados por el sol. Se volvieron su compañía; a veces mala y veces buena. Sus voces

se transformaron en el alivio del mundo trabajoso y oscuro que la abrumó en sus días más santos. Oco curó a los que pudo, y escoltó con temor en su agonía mortuoria a los que no se salvaron.